



El escritor que ha padecido en carne propia la censura está dispuesto a respetar la libertad de un tercero que pretenda ridiculizarlo, siempre y cuando él mismo goce de la libertad de explayarse en su literatura...

Contra la censura

EVE GIL

H

ay una diferencia esencial entre el escritor y el censor. Mientras aquel ama sinceramente lo que hace –y me refiero, por supuesto, al escritor de vocación, no al escritor para quien el acto de escribir representa una satisfacción mezquina-, este, bien dice J.M Coetzee, espera con ilusión el día en que su actividad deje de ser necesaria porque los escritores habrán aprendido a autocensurarse.

Naturalmente, el Nobel de Literatura sudafricano se refiere en concreto a la censura ejercida desde el Estado, circunstancia con la que él, que vivió el *apartheid*, se siente muy familiarizado. Sin embargo, una de las características de sus ensayos reunidos bajo el título *Contra la censura, ensayos sobre la pasión por silenciar* (Debate, 2007, Traducción de Ricard Martínez i Muntada) es la renuencia a condolerse de las víctimas de la censura, en este caso, los escritores, y arremeter contra los censores. Aunque se encuentre del lado de los primeros, no permite que el entusiasmo por el heroísmo de Osip Mandelstam o su compatriota André Brink lo ciegue ante, por ejemplo, los excesos del también Nobel de Literatura Alexandr Solzhenitsin que demuestran hasta qué grado el escritor censurado puede sacrificar su arte al deseo de venganza. Esto, por supuesto, no lo coloca por encima del censor, mucho menos del estratega tras del censor (Stalin en este caso), sino a la misma altura, esto es, lo rebaja: “Al describir al escritor y al censor como figuras a quienes las olas de la polémica llevan hacia la identidad o la condición de gemelos, implícitamente les otorgo una estatura equivalente. Por lo tanto evito con alivio dos manidas imágenes del escritor bajo la censura: el gigante moral sometido al ataque de hordas de pigmeos morales y el indefenso inocente perseguido por un poderoso aparato estatal.” (p. 148).

Ya de entrada, Coetzee otorga el triunfo moral al escritor sobre el censor, esto es, el leit motiv de sus ensayos no



es defender el derecho de aquel y representarlo como un héroe de la libertad de expresión, tampoco exhibir la ya manida estupidez del censor. Su propuesta va mucho más allá al analizar el papel histórico jugado por ambos. No hay, entonces, necesidad de una conclusión, dada de principio. Lo importante es dejar en claro que la censura no es deseable bajo ninguna circunstancia. No importa cuántos abusos se cometan en nombre de la libertad de expresión pues mientras esta exista los afectados tendrán oportunidad de contrarrestar una injuria, una calumnia (algún precio tiene que pagarse por semejante privilegio). El escritor que ha padecido en carne propia la censura está dispuesto a respetar la libertad de un tercero que pretenda ridiculizarlo, siempre y cuando él mismo goce de la libertad de expresarse en su literatura, sin tener que recurrir, como los rusos bajo el régimen de Stalin, a elegir uno de dos caminos: escribir para los censores y no para los lectores (aunque, cosa curiosa, ese afán por burlar la vigilancia escribiendo entre líneas o enarbolando un discurso subrepticio que anulara al que se hacía patente, dio como resultado algunas de las obras más apasionantes del siglo XX) o guardar silencio, esto es, escribir en la mente o para alimentar la gaveta, sin aspirar a ser publicado. Por tanto, el escritor o escritora tiene el deber moral de oponerse con vehemencia a cualquier clase de censura, por eso incluye en su análisis la pugna de las feministas por proscribir la pornografía, quienes argumentan que la representación que hace ésta de la mujer resulta denigrante pues hace de ella un objeto sexual, un juguete. Coetzee, en lo personal, no comulga con el empleo de la pornografía, ni con la cosificación de la mujer que no necesariamente es producto de la paranoia feminista (aunque, como él mismo señala, se da más en la publicidad que en la pornografía misma), pero no aprueba el intento de censurarla y es por ello que desarticula admirablemente la retórica de aquellas teóricas del feminismo que claman su proscripción. Al respecto reproduce la opinión de Carol Smart, de las pocas feministas que antepone la libertad de expresión a su militancia: “(...) Es preciso que tengamos en cuenta

que, al aplicar la ley, es posible que reproduzcamos efectos que empeoren las condiciones, y que al empeorar las condiciones cometamos el error de dar por supuesto que hemos de aplicar más dosis de legislación.” (p. 43) Hoy censuramos la pornografía, mañana, el derecho de las feministas a exponer sus motivaciones, y luego.... Y luego...

El caso de Osip Mandelstam es admirable, no sólo por el heroísmo que encierra, sino por la forma en que Mandelstam se escinde de Mandelstam para ejecutar la peor de las sentencias impuestas por ese genio del mal que fue Stalin: escribir una loa al dictador, al personaje que el poeta consideraba el más despreciable sobre la faz de la tierra. Era cuestión de vida o muerte, y todo parecía indicar que moriría aún cuando escribiera en contra de sí mismo, es decir, a favor de Stalin, así que igual hubiera dado negarse a hacerlo y acortar unos cuantos meses su estancia en la tierra. Pero el poeta eligió lo que pareciera la peor de las opciones, la menos heroica y terminó, como lo demuestra Coetzee, escribiendo un poema heroico por lo que refleja: la escisión del poeta por un lado; su capacidad para subrayar, en medio de la alabanza, el odio que le inspiraba el personaje y convencerlo, con todo, de que el poeta sentenciado había sido mentalmente cooptado. El caso de Mandelstam ejemplifica hasta qué punto el Estado censor pretende filtrarse en el pensamiento de sus intelectuales y artistas y despojarlos de lo último que por derecho les pertenece, del motor mismo de su arte: su convicción. A decir de André Brink otro de los autores analizados por Coetzee, hay actitudes muy específicas a través de las cuales el escritor traiciona su misión: “(...) primero, subordinando sus propios principios estéticos al ansia de lucha (“Incluso la ira debe destilarse en algo perdurable” (...) segundo, sucumbiendo al atractivo de decir lo prohibido por la simple razón de que está prohibido...” (p. 250).

Es posible, como insinuábamos líneas arriba, que la censura haya propiciado el surgimiento de obras admirables por sus múltiples posibilidades de interpretación. El propio Coetzee lo reconoce así. No obstante, y eso hay que tenerlo claro, nada bueno se le puede atribuir a la censura, nada hay que agradecerle a la censura, absolutamente nada, bajo ninguna circunstancia. Y la lectura de este extraordinario libro (*Contra la censura, ensayos sobre la pasión por silenciar*, Debate, 2007, Traducción de Ricard Martínez i Muntada) es un espléndido recordatorio de ello.